

Domingo 9 abril 2000
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 12,20-33
Si el grano de trigo muere...

El Evangelio de este V Domingo de Cuaresma se sitúa en el contexto de la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén. Esto ocurrió cinco días antes de la Pascua en que él iba a ofrecerse en sacrificio sobre la cruz.

Finalmente se iba a entender por qué Juan el Bautista desde su primer encuentro con Jesús insistía en llamarlo el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29.36). Jesús murió en la cruz en el momento en que comenzaban a sacrificarse en el Templo los corderos pascuales y él había aclarado el sentido de su muerte diciendo: "Esto es mi cuerpo que se entrega (se entiende, en sacrificio) por vosotros... este es el cáliz de mi sangre que se derrama por vosotros para el perdón de los pecados". Los términos que usa son propios del ritual de los sacrificios.

En el momento de su entrada a Jerusalén nada hacía presagiar que su fin sería la cruz. Al contrario, todos esperaban que él entrara a Jerusalén a establecer el reino de David. Sólo Jesús presentía la inminencia de su fin. Por eso, cuando el día anterior, María la hermana de Lázaro, ungió los pies de Jesús con un perfume muy costoso y Judas reprochó el derroche, Jesús la defiende diciendo: "Dejala que lo guarde para el día de mi sepultura... a mí no siempre me tendréis" (Jn 12,7). Hablar de "su sepultura" en ese contexto debió parecer fuera de lugar y nadie entendió a qué se refería. Pero, en realidad, María no tendría que guardar el perfume mucho tiempo, pues para el día de su sepultura faltaba sólo una semana. Esta era la convicción de Jesús.

Entró en Jerusalén en medio de la multitud que lo aclamaba diciendo: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor y el Rey de Israel!" (Jn 12,13). Al ver el entusiasmo de la muchedumbre que lo aclamaba, los fariseos comentaban: "¿Veis cómo no adelantáis nada?; todo el mundo se ha ido tras él" (Jn 12,19). El Evangelio de hoy comienza explicando que incluso "algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta" deseaban ver a Jesús. Se dirigen a Felipe y le ruegan: "Señor, queremos ver a Jesús". Lo quieren ver porque piensan que éste es el Mesías esperado por Israel en quien también ellos tienen puesta su esperanza. Pero no saben lo que piden.

La respuesta de Jesús es semejante a la que da en otra ocasión a los hijos del Zebedeo que pedían sentarse en su reino uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús les dice: "No sabéis lo que pedís"; y, en lugar del honor humano, que ellos pedían, les ofrece la comunión con su

muerte: "¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?" (Mc 10,38). En el Evangelio de hoy la respuesta de Jesús es semejante. No concede a los griegos su petición de verlo; pero, en cambio, los pone ante su muerte: "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto".

Con estas palabras Jesús quiere explicar algo difícil de entender. El había formulado su misión diciendo: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). ¿Cómo se explica que quien vino a darnos la vida en abundancia tenga él mismo que morir? Jesús responde tomando una analogía de la naturaleza: igual que el grano de trigo, que no da fruto, si no muere. Es la misma analogía que usará San Pablo para rebatir las objeciones contra la resurrección de los cristianos: "¡Necio! Lo que tú siembras no revive, si no muere" (1Cor 15,35). Es necesario entregar esta vida terrena, para alcanzar la vida eterna: "El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna".

Jesús quiere asociar a su misterio a todos los hombres: todos tienen que pasar por una muerte semejante a la suya para recibir de Dios una gloria semejante a la suya: "Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre lo honrará". Jesús acepta ser servido; pero en su caso servirlo consiste en seguirlo y correr la misma suerte que él. Entonces rige la promesa: "donde yo esté, allí estará también mi servidor... y el Padre lo honrará". Así se entienden las palabras que Jesús dirige a Pedro en la última cena: "Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde" (Jn 13,36). En efecto, más tarde, después que Jesús murió y resucitó, dice a Pedro: "Tú, sígueme" (Jn 21,22). Son las últimas palabras que Jesús pronuncia en este Evangelio. Pero ahora Pedro entiende a qué se refiere. Siguió a su Señor en una muerte de cruz, como la de él, pero cabeza para abajo, porque no se consideró digno de tanto honor.

En seguida el Evangelio de hoy presenta una escena que recuerda la agonía de Jesús en el huerto de los olivos: "Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, librame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre glorifica tu Nombre". Jesús veía que el momento de su muerte era inminente. En su respuesta a la petición de los griegos había comenzado diciendo: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre". Ya sabemos que su glorificación es su muerte en la cruz y que ésta es también la glorificación de su Padre. Ante la perspectiva de tan terrible suplicio, su naturaleza humana se turba y su voluntad humana ruega: "¡Padre, librame de esta hora!". Pero, adhiere totalmente a la voluntad divina: "Padre, glorifica tu Nombre".

Hemos analizado palabras de Jesús de una inmensa trascendencia. Su sentido no se puede agotar en el limitado espacio de este comentario ¡y en ningún espacio! En estos días de la Cuaresma y de la próxima Semana Santa debemos dejar que ellas nos interpelen y se hagan vida en nosotros. Que Jesús nos permita comprender qué significa seguirlo a él y nos conceda la gracia de hacerlo sin vacilación.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción